

Cuerpas y cuerpos del feminismo

Iliana Cervantes Llamas

El 15 de octubre de 2018, en el marco de la *Biennial de Pensament*, en la ciudad de Barcelona, se llevó a cabo una charla entre la filósofa y teórica de los estudios de género, Judith Butler y la profesora de filosofía en la Universidad de Barcelona, especialista en Hannah Arendt, Fina Birulés. La conversación fue moderada por la filóloga Marta Segarra y el título del encuentro fue: «L'embolic del gènere. Per què els cossos importen?» («La confusión del género. ¿Por qué los cuerpos importan?»). Como resultado, el Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona (CCCB), que auspició el evento, editó en formato de libro el diálogo entre las autoras. De ese pequeño libro, publicado en catalán e inglés, elegí algunos fragmentos para traducir y continuar la conversación más allá del texto, en este breve diálogo.

Dice Judith Butler:

«Creo que, muy a menudo, el pensamiento que se genera en la academia se considera una cosa separada de la vida pública, cuando, de hecho, los temas del género y la sexualidad se hacen presentes, en primer lugar, en nuestra vida pública y privada y no es hasta después que entran al mundo académico [...] el género difícilmente puede ser un tema solo académico cuando una persona se siente amenazada en virtud del género que presenta al mundo, o siente marginación en algunos aspectos debido a su orientación sexual».

Dice la lectora:

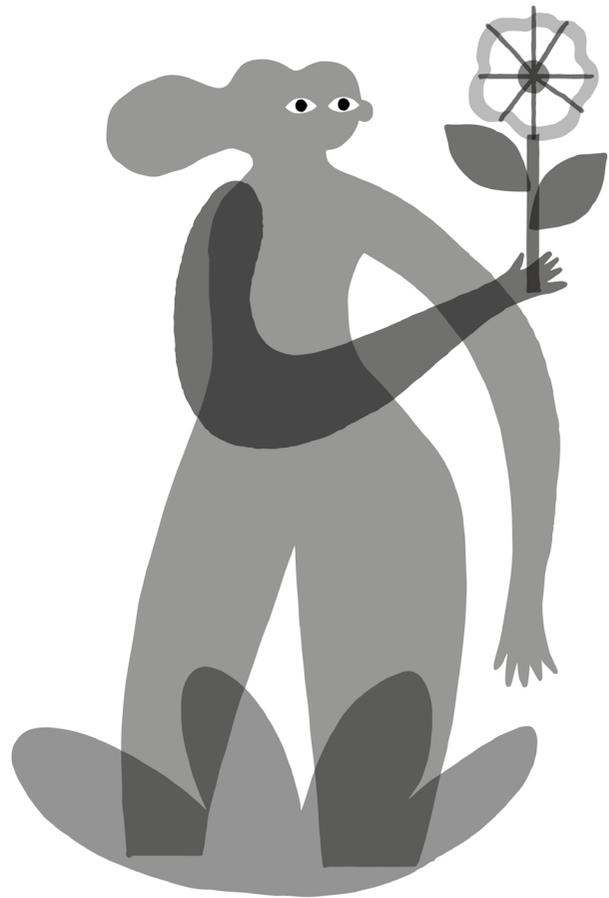
Los temas que se discuten en la calle, en el ámbito público, generan conocimiento y curiosidad dentro de las instituciones académicas. Las cuestiones sobre el género, o los géneros, han provocado muchos debates tanto en lo público como en lo privado, dentro de los movimientos feministas ha habido resquebrajamiento. El pasado 8M (el 8 de marzo se conmemora el Día Internacional de la Mujer), de 2022, fue la primera vez que las feministas marchamos divididas. Por un lado, quienes están a favor de la «ley trans» y de la regulación de la prostitución y, por el otro, quienes están en contra de la ley trans y que exigen la abolición de la prostitución. Estas divisiones han llegado a tratarse en los espacios académicos y seguramente las investigaciones alrededor de estas rupturas dentro del feminismo aumentarán, sobre todo ahora que la ley trans se ha aprobado y que no se sabe con certeza si la prostitución será regulada o «abolida», porque es una certeza que la prostitución se seguirá ejerciendo dentro o fuera de la ley. Y todo esto es parte de lo que la academia debería analizar, organizando congresos y debates públicos donde las personas afectadas por estas leyes pudieran ser escuchadas, porque las leyes no se deberían hacer sin tomar en cuenta lo que estas tienen para decir. Ojalá este próximo 8M volvamos a marchar en unión, hombro con hombro, porque salimos a las calles buscando lo mismo: igualdad, justicia, acceso a derechos, y por la erradicación de feminicidios y violencia de género.

Dice Fina Birulés:

«Estoy de acuerdo con lo que planteaba ahora Judith Butler, con relación al hecho de que primero aparecen las activistas y después llega la teoría; la reflexión es posterior. Y esto es una cosa buena, es decir, no se trata de saber qué pensar para saber cómo actuar, sino justamente ver qué es lo que hacemos y después analizar cuál es el proceso de intervención».

Dice la lectora:

Las activistas primero acuerpan sus exigencias, salen a las calles a exigir justicia, muestran sus rostros o los cubren con capuchas; antes de la manifestación se reúnen para organizarse, para escribir el comunicado que van a leer, para intentar llegar a acuerdos; exponen sus cuerpos, se enfrentan a la



policía que quiere someterlas, que las violenta — policías que en lugar de agredir feministas deberían estar buscando a los feminicidas, a los violadores de las infancias—. Las activistas ponen sus cuerpos como resistencia ante la violencia diaria que pretende silenciarlas. La teoría viene luego a respaldar sus luchas, a decirles que no están solas; es otra forma de reforzar sus batallas. Los primeros diez días de enero, solo en Jalisco, hubo nueve feminicidios. Las mujeres estamos hartas y esto ha llegado a las aulas de discusión de las universidades, a las investigaciones, a las tesis. La academia ya no puede hacer oídos sordos a lo que ocurre en las calles, porque la sociedad así lo demanda; es una exigencia para que las cosas sean repensadas y puedan hacerse de otras formas, para crear modos de poner fin a la barbarie. Los cuestionamientos en torno a los géneros tampoco pueden ser ignorados, son temas a los que hay que prestar atención, escuchar, leer, informarse, porque cuando se habla de derechos le incumbe a la sociedad entera.

Dice Judith Butler:

«Vivimos vidas marcadas por el género desde el primer momento, pasamos una parte de la vida buscando la manera de encajar con el género que nos han asignado, y en ocasiones rompiendo esta asignación si es lo que queremos hacer».

Dice la lectora:

Hay quienes que no se sienten cómodas o identificadas con el género que les fue dado al nacer, que no se sienten bien con la cuerpa o el cuerpo en el que han nacido, personas que desde la infancia sufren porque se les ve de una manera que no corresponde con la forma como se perciben y se viven. El no reconocimiento por parte de otras, de otros, en ocasiones, puede llegar a ser doloroso. Precisamos de las y los demás porque son un espejo en el que nos podemos reflejar; nos ayudan a seguir adelante y nos sostienen, pues no estamos en soledad en este mundo; necesitamos construir comunidad, un refugio humano ante las adversidades, ante las crisis, ante la guerra. El reconocimiento de otras personas es fundamental en nuestra constitución de humanidad, como sociedad; es importante, pero haciéndolo siempre con empatía y respeto, porque de igual manera cada una busca ese reconocimiento, de una u otra forma, ya sea como profesionales o estudiantes, como parte de una familia o de la sociedad misma.

Dice Judith Butler:

«Al menos para algunas de nosotras, el cuestionamiento reflexivo del género y la cuestión de la sexualidad se produce inicialmente en nuestra vida, que vivimos en conjunto con otras personas. El género se puede convertir en una cuestión a los cuatro o cinco años, y la sexualidad se puede transformar en un tema a los diez o a los catorce: “¿cuál es mi género?”, “¿cómo vivimos este género?”, “¿cuál es mi deseo?”, o “¿cuál es la naturaleza de mi amor?”».

Dice la lectora:

La escritora y activista Elizabeth Duval comenzó su transición para frenar los cambios corporales hacia el género masculino, que ya habían empezado a manifestarse durante su adolescencia. Sus padres la apoyaron desde lo emocional hasta lo económico. Al principio, asistía a una escuela católica y cuando supieron lo que Elizabeth quería para sí misma,

le dieron las gracias y no le permitieron volver más al colegio. En Madrid pudo encontrar otra escuela, ahora pública, donde la reconocieron como ella quería ser. Elizabeth Duval viene de una familia económicamente estable, lo que le permitió llevar a cabo su transición. Sin embargo, esta no es la realidad de muchas de las personas que deciden hacer la transición de un género a otro, sino que la mayoría no cuenta con esos recursos, y el apoyo que necesitan muchas veces no lo encuentran en su familia. Es desde esa posición privilegiada que Elizabeth Duval hace activismo para que otras personas que no han corrido con su misma suerte puedan transicionar sin tantas dificultades. El pasado mes de diciembre la ley trans fue aprobada en la cámara de diputados del Estado español; ahora deberá pasar por el senado, donde será revisada para ser finalmente aprobada a nivel nacional. Esta ley busca que las personas sean reconocidas como quieran, se eliminan las terapias de conversión y la necesidad de someterse a una cirugía para que en el Documento Nacional de Identidad (DNI) aparezca el nombre y el género con el que cada quien se identifica. Esta ley es un paso hacia adelante para que se reconozcan los derechos de las personas trans y de tantos otros grupos que esperan ser igualmente reconocidos.

Dice Fina Birulés:

«Se han producido muchos cambios entre aquel feminismo de hace unas décadas y la situación actual. Podemos hablar de la importancia de las redes sociales, para bien y para mal. Pensemos en el *hashtag* #MeToo; pensemos también en los cambios de relación entre lo natural y lo artificial; pensemos en esta voluntad tan característica de nuestro tiempo de escapar de las normas de lo masculino y lo femenino, en tanto asignaciones sociales y sexuales. Podríamos decir en este momento: “el sexo se puede cambiar”, y después discutir qué quiere decir esto exactamente, pero el sexo puede cambiar o “estar en transición”».

Dice la lectora:

El #MeToo ha sido importante para dejar de normalizar lo que nunca debió ser normal: la violencia en el noviazgo, el acoso en el trabajo, el acoso callejero, la violación gris, la persecución y acoso hacia menores de edad por parte de personas adultas.



Hay quienes critican las diversas formas de manifestación que las feministas han ido adoptando con el paso del tiempo, desde una mujer bailando hasta el conocido lema #rompantodo. En un país como México, donde once mujeres son asesinadas cada día, no se les puede pedir a las feministas que no rayen una pared o no destruyan una puerta de gran valor cultural e histórico, alegando que «esas no son formas» de manifestarse. Es escandaloso que les preocupe más una manifestación a pie de calle como una forma de resistencia y de exigir justicia que los múltiples feminicidios que a diario ocurren en el país.

Dice Judith Butler:

«La lucha por mantener vivos los espacios de práctica no violenta es una de las más importantes que tenemos; implica enfrentarnos a los regímenes obsesionados con la seguridad, a los regímenes policiales y al uso de la seguridad en favor de la represión estatal o el control colonial. Si nuestras acciones acabarán siendo rebautizadas como lo contrario de lo que son, si la no violencia será tildada de violencia, entonces hemos de comenzar analizando qué está haciendo exactamente el Estado

antes de entender cómo podemos actuar de manera no violenta en un mundo violento».

Dice la lectora:

Tenemos que hablar de violencias en plural, porque no existe un solo tipo. Una violencia determinada no puede generalizarse para todos los casos. Una feminista rayando una pared es no-violencia: no está atentando contra los derechos de la pared o contra su vulnerabilidad, porque las paredes no tienen derechos, las personas sí. Las mujeres asesinadas tienen el derecho y el Estado tiene la obligación de hacerles justicia. Con estos actos, que gustan de ser llamados «vandálicos», las feministas buscan que se las escuche, que se las voltee a ver, que la sociedad deje de normalizar a cuerpos y cuerpos de mujeres que dejaron en las orillas de los caminos, que dejen de acostumbrarse a la falta de justicia, a la indiferencia, y piensen un momento en el dolor ajeno.

Dice Judith Butler:

«Pensemos en la violencia como en un ataque físico; en nuestro cerebro toma la forma de un asesinato físico y brutal. Ahora bien, la mayoría de los asesinatos de mujeres y personas trans no podrían dar-

se sin una violencia institucional —de orden legal y político— que permite que la violencia brutal se reproduzca una y otra vez. Los crímenes no se reconocen como tales, no se persiguen; los hombres salen exonerados y a través de todos estos medios se reproduce la cuota diaria de violencia».

Dice Fina Birulés:

«La palabra violencia tiene la posibilidad de un contenido desbordante y, además, varía a lo largo de la historia. Últimamente, y aquí hemos tenido muestras muy claras, hay una redefinición de todo lo que es violento. Y pienso que tiene mucha razón Judith en plantear que la no-violencia ha de tener muy claro dónde está situada y, desde este punto de vista, que actualmente es un momento muy peligroso en muchas partes del mundo».

Dice la lectora:

Es importante que se reconozcan todas las formas de violencia, que se denuncien, y que las instituciones hagan un seguimiento, una investigación profunda para no revictimizar a las personas. Son importantes las leyes que buscan garantizar que todas, todos, gocen plenamente de sus derechos y, en caso de ser víctimas de un crimen de odio o de discriminación, puedan denunciar y que las autoridades cumplan con su deber de hacer justicia (como un ejemplo de esto, la ley trans —que ha sido atacada por grupos feministas y por políticos de derechas— recién aprobada en España). En México, las mujeres nos sentimos y nos sabemos vulnerables, pero eso no nos detiene para seguir en la lucha por un mundo en el que ya no se nos trate como despojos.

Dice Judith Butler:

«No queremos convertir la vulnerabilidad en invulnerabilidad; no queremos ser sujetas-ama/sujetos-amo. Lo que queremos es vivir libremente nuestra vulnerabilidad en el mundo, queremos vincularla a nuestra fuerza y a nuestra capacidad de respuesta

ética y de resistencia política. En eso no hay ninguna contradicción. La gente que hace barricadas o barreras humanas son profundamente vulnerables y desvalidas, pero inmensamente valientes; son a la vez vulnerables y fuertes, y las dos condiciones surgen de la misma fuente».

Dice Fina Birulés:

«La apuesta que hace Judith Butler por la vulnerabilidad me parece muy importante, porque busca dejar de entender la vulnerabilidad como una privación. Desde este punto de vista se abre un camino para pensar, como dijo antes Marta Segarra, el lado luminoso de la dependencia, el hecho de que no estamos en soledad, sino que formamos parte de un mundo de relaciones, de normas, de instituciones que nos constituyen y nos marcan. Es decir, siempre actuamos en una escena donde ya están otras personas y siempre somos, en el fondo, dependientes».

Dice la lectora:

Podemos ser vulnerables y fuertes al mismo tiempo, nuestra fuerza nace de esa vulnerabilidad. No se busca ser invulnerable para pasar por encima de otras personas. El ideal sería agrupar esas vulnerabilidades, variadas y diversas, para construir algo en comunidad: una fuerza compuesta por distintas vulnerabilidades. Somos vulnerables, podemos morir en cualquier momento, la cuerpo, el cuerpo es frágil, la vulnerabilidad nos acompaña desde el momento en que nacemos, e incluso poco antes; somos vulnerables a la violencia, a las balas que amenazan con atravesarnos y acabar con nuestra vida; somos vulnerables ante un sistema que busca explotarnos, que intenta generar cada vez más ganancias llevándose las vidas y la salud de personas que intentan sobrevivir y vivir con dignidad. Las personas dependen unas de otras, así se conforma la sociedad. Aquí la propuesta es vivir en comunidad como una forma de resistencia ante la barbarie cotidiana.